

El Movimiento Obrero en Iberoamérica (1880-1920)



El paro y la huelga general constituyeron formas de lucha que la clase obrera iberoamericana se vio obligada a utilizar con frecuencia para obtener mejores condiciones de vida.

Nelson Martínez Díaz

ORIGENES Y CARACTERÍSTICAS

El movimiento obrero en Iberoamérica no presenta un panorama homogéneo. Su caracterización, sus connotaciones económicas, sociales y políticas conforman un todo poco susceptible de explicaciones si no se tienen en cuenta las variantes regionales. Debe señalarse, para comenzar, que el proceso de formación de la clase obrera con sus peculiaridades mo-

dernas —un crecido número de asalariados concentrado en fábricas o yacimientos mineros—, no alcanzó la misma importancia en todos los países y, por supuesto, tampoco ha sido simultáneo. En este complejo panorama es posible percibir, sin embargo, algunos elementos que permiten realizar una cierta clasificación.

Es posible distinguir, por ejemplo, que dos sectores de población claramente diferenciados han proporcionado la base del movimiento obrero. Una población de

origen rural aportaba la mano de obra a los enclaves mineros y a las actividades agropecuarias, mientras que una población urbana, aumentada por la inmigración, proporcionó la fuerza de trabajo al impulso industrializador. A riesgo de una excesiva simplificación, podría ensayarse una síntesis atendiendo a las diversas áreas de explotación de los recursos materiales en los países iberoamericanos. Podemos señalar, entonces, que el auge del salitre originó, en Chile, un importante núcleo

de asociaciones obreras que alcanzó un alto grado de combatividad. A su vez, la transformación sufrida en territorio argentino, sobre todo después de la campaña del desierto, y el pujante desarrollo urbano experimentado por el país como consecuencia de la intensificación de las actividades agro-exportadoras, alentó un poderoso movimiento obrero urbano. En Uruguay, el sector obrero tuvo características similares al que surgió en Argentina, e igual será la situación de Brasil desde fines del siglo XIX; Bolivia y Perú conocerán, en cambio, un proceso asimilable al chileno. En Centroamérica, sin embargo, se utilizaron sistemas para explotar los recursos que acentuaron el monocultivo y cuya consecuencia fue una consolidación de las estructuras tradicionales en el área del Caribe, todo lo cual proporcionó escasas oportunidades para el nacimiento de un sector obrero organizado. En Cuba la situación fue excepcional, puesto que la inmigración llegada de la península durante el siglo XIX actuó como difusora de las ideas del anarquismo en diversos gremios. Por último, el caso de México presenta muestras de los dos sectores de trabajadores que hemos mencionado más arriba: el enclave minero en el norte, donde tiene lugar la explotación de las minas de cobre, y el movimiento obrero urbano en las ciudades del centro, sobre todo en la industria textil.

El período de la gran inmigración transoceánica vuelca—entre 1821 y 1914—cerca de 55 millones de seres humanos hacia los destinos en ultramar. Más de 30 millones se dirigen a Estados Unidos, en sucesivas oleadas; el resto desembarcó en diversos países, generalmente atravesando el Atlántico y entre los principales puertos receptores se encontraron Buenos Aires, Monte-

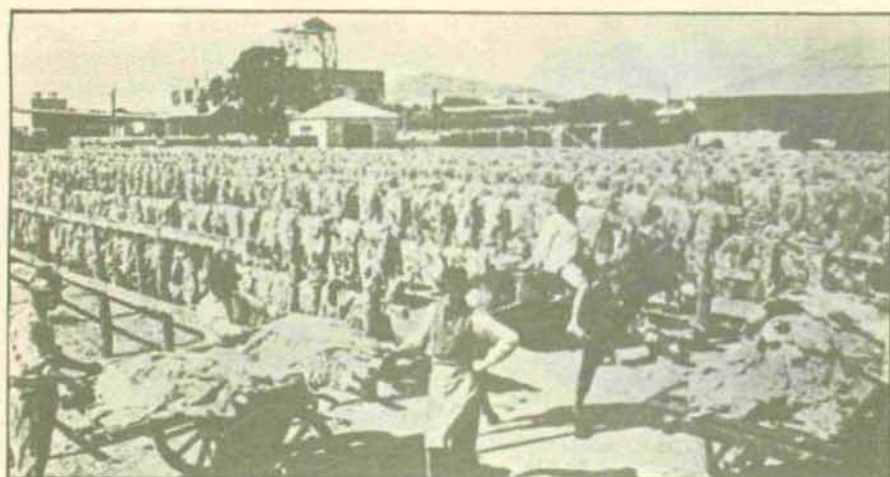


Muchos intelectuales se vincularon a la vanguardia del anarquismo a comienzos del siglo actual. En la foto: el poeta uruguayo Angel Falco, autor de Cantos Rojos.

video, Río de Janeiro, Santos, los puertos venezolanos o mexicanos. Su presencia se hará visible en todo el continente, hasta las costas del Pacífico y el Caribe. Los inmigrantes no sólo tuvieron influencia en la economía de esos países, sino que también llevaron sus estilos de vida, y en el encuentro con las tradiciones locales actuaron como elemento modificador de la fisonomía de las sociedades. Al mismo tiempo, este aluvión inmigratorio imprimió sensibles cam-



Un a floración de periódicos obreros caracterizó la etapa inicial de las luchas proletarias en Iberoamérica. En la foto: un periódico obrero brasileño en 1913.



Las faenas vinculadas a la producción agropecuaria emplearon abundante mano de obra en el Río de la Plata.

bios políticos y uno de ellos fue, sin duda, el fuerte impulso que proporcionaron al movimiento obrero; más adelante dinamizaron el surgimiento de las clases medias alentado por el desarrollo de nuevas formas de tecnología industrial.

Los años iniciales del movimiento obrero iberoamericano suelen ubicarse a mediados del siglo XIX. Eran tiempos de penosas condiciones de trabajo —largas jornadas, salarios exigüos, pésimos locales— y, en muchos casos, el proletariado rural sólo recibía como retribución por sus tareas un vale para realizar compras en las **pulperías**, o las **tiendas de raya**, instaladas por las mismas empresas que le contrataban. Este sistema era empleado en los quebrachales del Paraguay, regiones rurales del Chaco o la pampa argentina, haciendas y explotaciones mexicanas o cubanas, empresas salitreras y mineras en Chile, etcétera.

Como ha señalado Carlos M. Rama, hacia la década de los setenta los refugiados de las guerras y conflictos sostenidos durante el Risorgimento italiano, sobrevivientes de la Comuna de París, y exiliados de la fracasada Primera República española, llevan las ideas de Proudhon, Blanqui, Bakunin, a Montevideo, Buenos Aires, México y La Habana. Se crean entonces

las «secciones» de la **Asociación Internacional de Trabajadores (A.I.T.)**, donde predomina el sello ideológico adquirido por sus militantes en España e Italia. Las **mutualidades**, que sólo nucleaban a los obreros de la misma nacionalidad: italianos, españoles, franceses, etc., serán desplazadas por las **sociedades de resistencia** que se caracterizaron por reunir a todos los trabajadores de un mismo oficio. Por lo mismo, las sociedades de resistencia adoptaron con frecuencia el calificativo de «cosmopolitas» o «internacionales». Lograron, en muchos casos, federarse en organismos que cubrían todo

el país, y emergieron, a comienzos del siglo actual, la Federación Obrera Regional Argentina (FORA), creada en 1904; la Federación Obrera Regional Uruguay (FORU), en 1905; la Confederação Operaria do Brasil (1906); la Gran Federación Obrera de Chile (FOCh), en 1909; la Casa del Obrero Mundial, creada en 1912, durante la revolución en México, entre otras de existencia más breve.

LAS CORRIENTES IDEOLÓGICAS

Para hacer mención a un proletariado industrial organizado es preciso remitirse, en Iberoamérica, a los primeros decenios del siglo actual, puesto que en épocas anteriores pocas empresas llegaron a reunir algo más de un centenar de trabajadores. Sin embargo, las zonas mineras de México y Chile agruparon cifras considerables de obreros, e igual ocurría con las empresas urbanas en Argentina. Buenos Aires reunía, según el censo levantado en 1887, 170.000 operarios en 23.000 establecimientos; si bien la concentración era aún escasa, anunciaba ya el considera-



Durante la «semana trágica» en Argentina los incidentes fueron violentos y numerosos. En la foto: dispersión de trabajadores por la caballería policial.

ble impulso que recibirá en 1900, una vez instalada la industria frigorífica en todo su desarrollo. México, a su vez, seguía exhibiendo, en la segunda mitad del siglo, su mayor concentración obrera en el sector textil y las empresas de ferrocarriles.

A partir del ingreso de las corrientes anarquistas y anarcosindicalistas, las sociedades de resistencia, que actuaron en la instancia histórica en que los países iberoamericanos entraban en el área capitalista, jugaron un activo papel en las luchas obreras. La prédica anarquista atrajo, por sus propuestas individualistas, a los artesanos proletarizados, mientras que sus proclamas violentas y el llamado a la revolución social encontraban eco en los grupos más radicalizados, que tendían espontáneamente a la rebelión. Argentina, Brasil y Uruguay, con períodos de emigración europea aluvional, fueron centro de la actividad anarquista. En México los hermanos Flores Magón llegaban al anarquismo desde radicalizadas posiciones liberales, mientras que en Brasil la ideología libertaria ensayaba, en torno al italiano Giovanni Rossi, una experiencia social interesante en la «Colonia Cecilia», hacia 1890.

Asimismo, se destaca en el movimiento obrero una tendencia socialdemócrata, estimulada por emigrados alemanes y franceses, que representó la línea de la Primera Internacional Socialista, y que funda filiales en México, La Habana, Buenos Aires y Montevideo. Desde un principio, a la vez, se entabló la lucha ideológica en torno al movimiento obrero entre el ala bakunista y el consejo marxista de la A.I.T., polémica que respondía, en definitiva, a la escisión obrada en el seno de ese *organismo* desde 1870. En realidad, el espacio político e ideológico de los conflictos sociales obreros en el

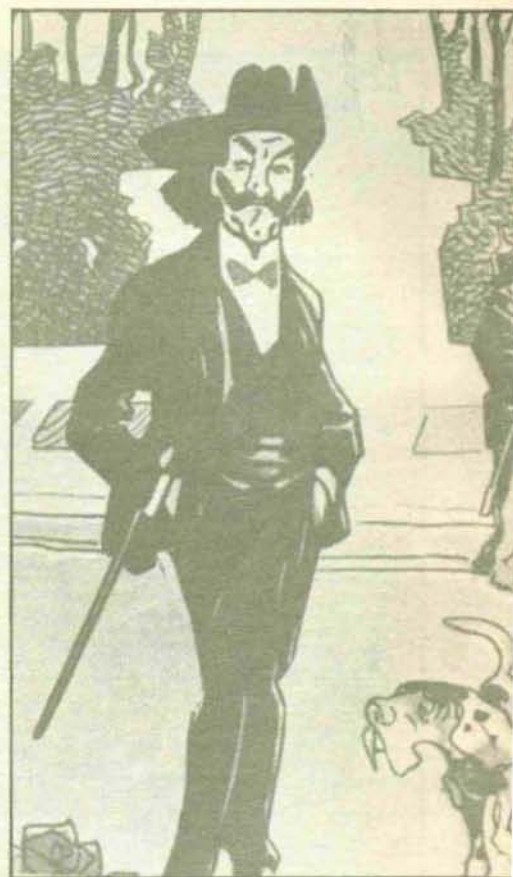
siglo XIX está demarcado por la rivalidad existente entre marxistas y anarquistas, aunque desde el punto de vista institucional se les encuentra con frecuencia, en Iberoamérica, coincidiendo en organizaciones de huelgas, etcétera.

El «sindicalismo revolucionario», que se inspiraba en el modelo de la C.G.T. francesa y compartía algunos de los principios del anarquismo —la acción directa y la oposición a la política—, pero centrandó la lucha en el terreno económico y en una organización sindical fuerte, encontró también espacio de influencia a comienzos del siglo XIX, e inspiró el nacimiento de la primera Confederación del Trabajo de la Región Mexicana. La dolorosa experiencia de la Comuna de París estaba, sin duda, detrás de su prescripción de apoliticismo y la confianza en la huelga general como instrumento capaz de provocar el derrumbe del orden social. En los países del Pacífico, la «Industrial Workers of de World» llevó las ideas anarquistas a marítimos y portuarios, por la acción de los marinos norteamericanos que hacían la carrera comercial en esa costa. Las ideologías obreras del período mostraron, por otra parte, una marcada tendencia al desarrollo de centros culturales. Marxistas y anarquistas parecían seguir con fidelidad la posición de Carlos Marx, que atendía a proporcionar al proletariado la formación intelectual que la sociedad burguesa le retaceaba. Casi todos los grupos libertarios se procuraron imprentas, si bien es verdad que muchos de los trabajadores gráficos integraban las filas del anarquismo. El signo más llamativo de la época fue, en ese sentido, la coexistencia de periódicos editados —por libertarios o socialistas— en italiano o francés, además de los publicados por los españoles, en crecido número. También

se multiplicaron, sobre todo en el medio urbano, los Centros de Estudios Sociales, desde donde se propagaron las ideas marxistas o anarquistas.

EL MOVIMIENTO OBRERO EN EL RIO DE LA PLATA

Argentina y Uruguay, cuyo crecimiento demográfico



Alfredo Palacios fue una de las figuras más brillantes de las primeras etapas del socialismo argentino. Caricatura aparecida en la revista Fray Mocho.

aluvional originó con rapidez un importante mercado interno, conformaron tempranamente sectores manufactureros que dieron nacimiento a los primeros núcleos del proletariado urbano. En Argentina, a partir de la superación de la crisis político-militar del ochenta, la transformación agropecuaria y la expansión del sector cerealero incidieron en Buenos Aires y las provincias del litoral, cuyo ritmo exportador se vio incrementado por

el desarrollo de la red ferroviaria y la demanda mundial. Buenos Aires experimentó un sensible crecimiento urbano, con una población integrada por extranjeros en un 50 por 100. Italianos, españoles, franceses, y en menor número polacos, sirios y libaneses, comenzaron a proporcionar la mano de obra de las primeras fábricas importantes y a los diversos servicios que exigía una ciudad en continua expansión.

Un fenómeno similar se registraba en Uruguay. Montevideo, puerta de entrada para el inmigrante, creció en población desde 164.000 habitantes en 1884 hasta los 309.000 que tenía en 1908. Sus características cosmopolitas provocaron el comentario de los viajeros: el 45 por 100 de las personas que vivían en la zona urbana eran españoles, italianos o franceses, entre las colectividades más numerosas. Miles de inmigrantes alimenta-

ron la intensa actividad de las curtiembres, saladeros, barracas de lana, talleres diversos y, más tarde, la industria frigorífica.

Al mismo tiempo que se sucedían las convulsiones políticas de la época de unificación nacional, las ciudades del Río de la Plata conocieron las primeras manifestaciones sociales de sus obreros. La Sociedad Tipográfica Bonaerense, fundada en 1857, y el periódico «El Proletario» fueron el vehículo de las reclamaciones iniciales de los trabajadores. En Montevideo se ensayó, en 1865, una asociación de obreros tipográficos que tan sólo cristalizó cinco años más tarde al crearse la Sociedad Tipográfica Montevideana. A partir de la década del ochenta las agitaciones obreras son frecuentes, obligadas por las penosas condiciones de trabajo. Anarquismo y anarcosindicalismo adquieren a partir de entonces, y hasta los primeros decenios del siglo actual, posiciones importantes en el movimiento obrero. En 1874 existía, en Argentina, una sección de la A.I.T.; en 1875 se funda en Uruguay la Federación Regional de la República Oriental del Uruguay; ambas estuvieron vinculadas a la tendencia bakunista.

Cuando Enrico Malatesta, una de las figuras más activas del anarquismo italiano, se radica en Buenos Aires, a partir de 1880, las mutuales comenzaban a transformarse en sociedades de resistencia, al tiempo que se organizaban los gremios de panaderos, metalúrgicos, albañiles, etc. Hacia 1889, en el congreso constitutivo de la II Internacional, se hizo presente el Club de Obreros Socialistas Vorwärts, de origen alemán, que en 1890 fundaba una filial en Argentina. Un año más tarde se realiza el primer ensayo de unificación sindical: la Federación Obrera Argentina, que fracasa por la rivalidad enco-

Unión Ferrocarrilera del Uruguay

¡ A TODOS LOS ASOCIADOS ¡ COMPAÑEROS! ALERTA!

El presente momento es el más crítico que ha vivido la Unión Ferrocarrilera del Uruguay. Ante la amenaza de una reforma que nos privaría de nuestros derechos, nos vemos obligados a recurrir a los procedimientos extremos para defenderlos. Los derechos del personal no pueden ser vulnerados en su más mínima parte.

La UNIÓN FERROCARRILERA DEL URUGUAY, compuesta por la casi totalidad del personal empleado en el F. C. U., pues cuenta en su seno con 2.150 socios, ha demostrado hasta hoy ser una colectividad seria y razonable en sus deliberaciones no habiendo jamás exhibido una bandera de pasión que obligara por el número y la fuerza de su organización a que la Compañía accediera a alguna reforma que pudiese ser tachada de caprichosa o abusiva. Siempre, llevamos por norma la razón y el derecho, hemos procedido en el terreno de la franca concordia sin olvidar los conflictos con la Administración; por parte de la Asociación no ha existido nunca un propósito malicioso de concurrir a una travesía de relaciones que pudiera más tarde o más temprano llegar a un rompimiento que fuese causa de un conflicto generador de graves perjuicios para los diversos intereses que ligan al movimiento de ferrocarriles.

Ya mal bastante, seríamos podido notar desde tiempos atrás, mal que ya dicho ser sub-sano, pero que nuestra prudencia ha sabido no exigir el inmediato remedio, disponiéndonos a esperar que la Administración algún día se resolviere a ponerle término. Nos referimos al abuso que capitales, ingenieros e inspectores de las diversas reparticiones de la Empresa, vienen cometiendo con el personal que tantas quejas y protestas ha originado ante quienes han correspondido los casos.

Esta es nuestra prudencial actitud haya sido interpretada como caso de cobardía por los que se valen en el deber de no provocarnos; tal vez esta monotonía del silencio y la calma, no está de acuerdo con el sistema de pensar de nuestros reyes del oro, siempre inquietos, jamás tranquilos, cuando de hacerse imponer respecto y consideración se trata.

A caso y no a otra cosa se puede atribuir la actitud del señor Administrador Sr. Bayne, que de una manera incoherente e inesperada amenaza con romper parte del último pliego de condiciones por su propio puño firmado en Enero de 1907, negándose, en lo sucesivo, a reconocer la antigüedad en el servicio del personal empleado.

Y esto que significa un atentado a derechos establecidos por convenios antiguos impuestos en época de paz y que importa para nosotros un acto de carácter de intromisión, no puede dejarse pasar por alto, así que los expedientes ferroviarios adquieren la Unión de la rebeldía y lleguen a tanto más de los medios de que disponen, cuando a las razones no se aviene y a la justicia se cierran las puertas de la huelga.

Compañeros es en que nuestros patronos se proponen volvernos para jugar de nuestra firmeza y de la lealtad y amor que sentimos por la UNIÓN FERROCARRILERA, aprestémonos a ello sin pueriles vacilaciones y apátemos con altivez el guante provocativo que acaban dearnos arrojado. Es-

trecheros, nuestras ya compactas filas y hagamos frente a todos los ataques y contrapropuestas de nuestros explotadores, para que la bandera de nuestras reivindicaciones no deje de flamear un solo instante sobre los palacios donde se ocultan nuestros eternos enemigos, los insaciables conspiradores contra los derechos de la clase productora.

El pueblo de su parte abra juzgar y señalar con el dedo a los verdaderos responsables del conflicto provocado en estos momentos por la Empresa. El pueblo al dar su inapelable sentencia, dejará caer su fuerza mano justiciera sobre los eternos vampiros que no quisieron andarse con chupar la sangre al proletario, pretenda robarle algo sagrado para él: su dignidad de hombre.

Por nuestra parte, abrimos probar una vez más y tal vez por todas, de que no somos un juguete de patronos reñidos con la razón y el derecho, especie de materia frágil y de fácil adaptación que se comienza hacer de ella todo cuanto convenga al capricho y a la maldad.

Firmes en nuestro lema de: «Uno para todos y todos para uno» no consentiremos que se arranque de nuestro seno más a un solo compañero, pero estamos dispuestos a seguir al primero que la Empresa pretenda echar a la calle. No nos apodremos a que la Compañía suspenda por un día por razones de poco trabajo o de economía, aun que esto se puede remediar disminuyendo los días de trabajo mensual en las reparticiones afectadas. A lo que si no estamos dispuestos es a que se nos seleccionen, bajo cualquier pretexto, aunque sea por el ya debatido de la INCOMPETENCIA.

Si tal cosa permitieramos equivaldría a decir libertad al odio de nuestros patronos inmediatos. La seguridad en nuestros puestos, pues nos seríamos arrojados de ellos por cuales pretextos, por dificultades de comparecer por una y otra parte si se acordara en base de la INCOMPETENCIA, que cuando que, en mala hora, ha querido atrincherarse el señor Administrador. En el pliego de condiciones últimamente aceptado por ambas partes se establece que la Compañía podrá tomar a prueba hasta tres meses a cualquier empleado y despidirlo dentro de ese plazo si no conviene a sus intereses. Y por qué ahora niega lo que antes aceptó!

Este enemigo solo se derrotará frente a nuestra energía.

Compañeros: Acaban de efectuarse Asambleas en todas las reparticiones locales. El resultado es unánime de todos los ramos, es firme y es permanente.

Que la Empresa no viole el pliego de condiciones por ella mismo firmado.

Se recurrirá a la huelga si la huelga es violada.

A esta pregunta una vez más: ¿cómo se despiden los pechos? **VIVA LA HUELGA!**

Por estos días todos los asociados recibirán otro manifiesto con instrucciones para el caso de llegar a producirse la huelga.

VIVA LA UNIÓN FERROCARRILERA DEL URUGUAY!

EL COMITE CENTRAL.

Fesanol 18 de Enero de 1908.

Las empresas extranjeras impusieron abusivas condiciones de trabajo. En la foto: un volante de la Unión Ferrocarrilera del Uruguay, en 1908, llamando a los obreros a la huelga.

nada entre anarquistas y socialistas. Divergencias de difícil conciliación les separaban, por cuanto los socialistas entendían que la acción política era una manera de alcanzar las reivindicaciones obreras, en tanto que los anarquistas preconizaban la acción directa, el espontaneísmo de la masa y la huelga general como armas para producir el cambio social.

La prueba de fuego para estas tendencias se presentó al iniciarse el nuevo siglo. Los órganos representativos de ambas ideologías contaban entonces con teóricos de valía: en «La Vanguardia», periódico socialista, la dirección estaba confiada a Juan B. Justo; en «La Protesta Humana», de filiación anarquista, escribía Antonio Pellicer defendiendo las ideas federativas que materializarán en 1901, con la creación de la Federación Obrera Argentina, que declara su autonomía frente a los partidos políticos. Ese mismo año, un enfrentamiento entre obreros y policías en Rosario culmina con la muerte de un trabajador y estalla la huelga general en esa ciudad. El movimiento obrero se radicaliza, y el gobierno de Roca responde decretando el estado de sitio y persiguiendo a los activistas, mientras que la aprobación, por el Congreso, de la «ley de residencia» permite la deportación de los militantes extranjeros.

El año 1904 surge la Federación Obrera Regional Argentina (FORA), por la fusión de varias tendencias anarquistas, y pocos días después comienza una huelga general que obtiene importantes reivindicaciones en Buenos Aires, Córdoba, La Plata, Santa Fe y otras ciudades. En el campo socialista se alcanza, por primera vez, un sitio en el Congreso al ser electo en Buenos Aires el diputado Alfredo Palacios que iniciaba así una de las trayectorias parlamentarias



Organizador del movimiento obrero chileno y luchador incansable, Luis Emilio Recabarren ocupa un lugar destacado en los primeros años del movimiento obrero minero de Chile.

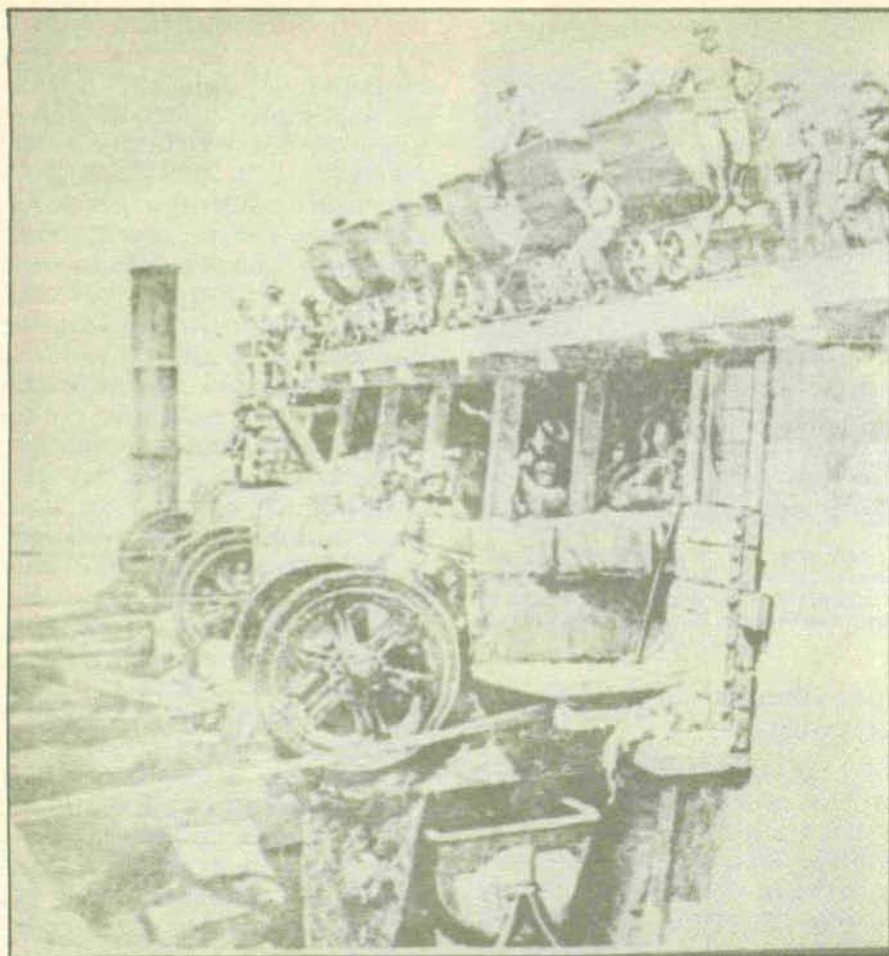
más extensas de la izquierda argentina.

Las transformaciones que sufría la estructura económico-social del país, y las nuevas situaciones políticas a nivel internacional y en el orden interno, alcanzaron también al movimiento obrero. El acceso al poder de la Unión Cívica Radical en 1916, que se mostró atenta en un primer período a las demandas de la clase obrera; el surgimiento de los sectores medios, portadores de nuevas aspiraciones, todo comenzó a debilitar la influencia de los viejos grupos revolucionarios. Pese a todo, el triunfo de la revolución rusa de 1917 alentó las expectativas de los combativos sectores que habían animado las organizaciones de trabajadores, al tiempo que acentuaba el temor, siempre latente, de los grupos dominantes. Estos pronto presionaron para un giro a la derecha del gobierno de Hipólito Irigoyen, que siempre mostró vacilaciones ante la cuestión social.

En 1919, un incidente entre la policía y un grupo de huelguistas del sector metalúrgico finalizó con cuatro muertos y varios heridos entre los trabajadores. Al día siguiente se declaró la huelga general. mientras

una enorme multitud acompañaba a los féretros de las víctimas. Al mismo tiempo se sucedían violentos choques: coches y tranvías eran volcados e incendiados por los manifestantes; algunas armerías fueron asaltadas, así como varios edificios públicos. Durante cierto tiempo el control de la ciudad pareció estar en manos de la masa, que levantó barricadas en las calles y enfrentó a las fuerzas policiales; pero cuando la ola de violencia disminuyó, se produjo una feroz represión, en la cual colaboraron bandas de civiles armados que se dirigieron a los barrios obreros sembrando el pánico. Después de la «semana trágica» de 1919, la represión fue organizada duramente: demostración de ello fue la acción desplegada para aplastar la huelga de los trabajadores de «La Forestal», una empresa maderera en el Chaco argentino, y la feroz matanza, que tuvo lugar en 1921, de los peones que trabajaban en las estancias de la Patagonia para los hacendados y frigoríficos ingleses instalados en la región, cuando aquellos se levantaron en huelga.

En Uruguay, el comienzo del siglo parecía augurar un período próspero, sobre todo por la instalación de nuevos establecimientos industriales, como los frigoríficos, y la radicación de inversiones extranjeras. En el seno del movimiento obrero, a la presencia anarquista se sumaba también el socialismo, aunque los libertarios seguían manteniendo una influencia mayoritaria. En 1905 se funda la Federación Obrera Regional Uruguaya (FORU), que será la primera en organizar una campaña reclamando la jornada laboral de ocho horas, más tarde recogida en la legislación social de la administración de José Batlle y Ordóñez. En 1895, sin embargo, el socialismo ya editaba su periódico, «El Defensor del Obrero», que



En la pampa salitrera, controlada por las compañías inglesas, el trabajo era pesado y penoso. Una explotación de salitre a fines del siglo XIX.

veía a sumarse a los anarquistas ya existentes; a ello debe agregarse la presencia de «El Día», periódico dirigido por Batlle y Ordóñez, que comienza una prédica obrerista y defiende el derecho de huelga. Entre las dos presidencias ejercidas por Batlle, no obstante, las clases dominantes encontraron la instancia adecuada para hacer manifiesta su oposición a la política social de aquél, no compartida por los sectores más conservadores de su propio partido. Es así que el período 1907-1911 se caracterizó por la extremada dureza en la represión de las numerosas huelgas protagonizadas por el movimiento obrero. Pese al crecimiento del Partido Socialista, encabezado por Emilio Frugoni —que intervino activamente en las luchas de los trabajadores—, hasta 1920, mientras no se sustanciaron transformaciones fundamentales

en la estructura económica y social del país, el anarquismo mantuvo su resonancia en los sectores obreros. Un ambiente polémico señalaba la existencia de tendencias encontradas en las ideologías políticas de izquierda. Figuras como Florencio Sánchez y el poeta Angel Falco estuvieron vinculadas a la línea libertaria, en tanto que Emilio Frugoni se significaba como el intelectual de mayor valía entre los socialistas. Mientras que los anarquistas se reunían en el Centro Internacional de Estudios Sociales, existió también un Centro Obrero Socialista, así como el Centro Carlos Marx, fundado por Frugoni.

CHILE: LOS ENCLAVES MINEROS

Regiones salitreras y de mi-

nería, Chile, Perú y Bolivia se convirtieron en polos de atracción para las inversiones extranjeras. El guano y el salitre ordenaron la actividad de la economía del Perú durante buena parte del siglo XIX; era, asimismo, la riqueza que encerraba el territorio perdido por Bolivia en la guerra del Pacífico. Chile configuraba, hacia mediados del siglo pasado, un país básicamente campesino, aunque desde la década de los setenta la explotación del cobre exigía un proletariado minero, al igual que los yacimientos de carbón en el sur del país. Después de la guerra con Perú y Bolivia, Chile experimentó un gigantesco impulso económico debido a la expansión territorial hacia el norte, que dejó en su poder la pampa salitrera en una época de gran demanda mundial del producto.

Si en 1853 se fundaba en Santiago de Chile la primera Sociedad Tipográfica, durante el resto del siglo los obreros se agruparon en mutuales que, en 1900, se calculaba llegaron a 150 asociaciones. Algunas, como las de ferroviarios, asumieron la dirección de luchas sindicales, pero no alcanzaron la radicalización demostrada por los obreros del salitre. La primera manifestación de ésta fue la huelga de lancheros, en Iquique, declarada en 1890 y que se extiende a los ferrocarriles y las oficinas de las compañías salitreras. Siguiendo la línea de la costa, hacia el sur, llega a Antofagasta, Santiago, Valparaíso y las regiones carboníferas. El gobierno empleó el ejército en la represión, y no fue ésta la única vez que debió recurrir a él. Hacia 1900, el período de transición entre mutualismo y sindicalismo había finalizado y, si bien anarquistas y socialistas ejercían influencia ideológica, las regiones mineras tenían su propia dinámica. Por configurar un enclave donde

los trabajadores habitan en comunidad, poseían fuerte cohesión social, que les confería mayor conciencia de los problemas de clase.

En 1900 surge en Iquique la Combinación Mancomunal de Obreros, que tiene características sindicales que se adecúan mejor a la región salitrera, y sólo admite sus afiliados entre el proletariado minero. El movimiento mancomunal crea también escuelas, edita periódicos obreros y otorga asistencia social, como las asociaciones anteriores, pero posee elementos más fuertes de unificación gremial. Dos hechos sangrientos jalonan la historia de los trabajadores chilenos. Uno de ellos se conoció como la «semana roja». En 1905, cuando unas treinta mil personas se concentraron en La Alameda, de Santiago de Chile, para protestar por la creciente carestía de los alimentos reclamando soluciones, la manifestación fue atacada por la policía y por bandas armadas de particulares. Una huelga general paralizó la ciudad al día siguiente, como respuesta, mientras el pueblo se lanzaba al asalto de comercios y edificios públicos, rechazaba a la policía e incluso llegaba a apoderarse de algunas comisariías. La entrada del ejército en la ciudad hizo posible que el gobierno recuperara el control de la situación, pero los acontecimientos habían dejado como saldo decenas de muertos.

Al año siguiente, el eje de los conflictos se trasladó al norte del país. Huelga general de ferroviarios en Antofagasta, que obtiene la adhesión de salitreros, fabriles y portuarios, y nueva represión. En 1907, el descenso de las exportaciones de salitre crea desocupación obrera, y el 12 de diciembre columnas de peones bajan hacia Iquique desde la pampa salitrera para reclamar una solución, mientras los obreros de la ciudad realizan un paro so-

lidario. Unos veinte mil obreros del salitre se reúnen en la escuela de Santa María, mientras que el comité de huelga redacta un pliego de reivindicaciones que será rechazado por las empresas. Ante la presión de la patronal y el temor de la burguesía de Iquique, tropas del ejército y la marina rodean el campamento huelguista y disparan contra la multitud. El saldo conocido, unos dos mil muertos, señala una de las mayores masacres de la historia del movimiento obrero iberoamericano. Junto a los peones salitreros lucha un tipógrafo de profesión, Luis Emilio Recabarren, que había comenzado su carrera política en el Partido Demócrata chileno, del que se desvincula para dirigirse al norte. Este hombre, que se convertirá en la figura más importante del movimiento sindical chileno de su época, organiza mancomunales, al tiempo que difunde la ideología socialista. En 1909 se creará la Federación Obrera de Chile, que adquiere cada vez mayor trascendencia en las luchas proletarias; en 1912 Recabarren funda el Partido Obrero Socialista, que vinculará a las luchas proletarias de su país.

BRASIL: DEL ESCLAVISMO AL PROLETARIADO INDUSTRIAL

La economía brasileña ha sido marcada fuertemente por grandes ciclos de mono-producción. El café, que durante la República alcanza su más elevado nivel de prosperidad; el caucho, cuyo primer impulso data de la década del ochenta y llega a su auge económico al comenzar el siglo XX, en una prosperidad rápida pero efímera que ha dejado como testigo una ciudad increíble: Manaus, con su Teatro de la Opera, su Casa de Gobierno, la Aduana, un hotel fastuoso, acuario, biblioteca pública y jardín zoológico, todo en plena selva amazónica, a 1.500 kilómetros del Océano Atlántico; el azúcar, que cubrió un primer período desde fines del siglo XVIII hasta comienzos del XIX, pero que reaparece a comienzos del XX. Sin embargo, nada de ello condujo a la industrialización. El empuje industrial procede de fines del Imperio (1880-1889), y la existencia de establecimientos, sobre todo textiles y de alimentación, anuncia los



Una reunión campestre organizada en apoyo al periódico anarquista «A plebe» en Río de Janeiro, 1913.

comienzos. Con todo, hacia 1895 se cuentan 542 fábricas; en 1907 llegan a 3.240, mientras que en 1920 alcanzan a 13.569 y emplean más de trescientos mil obreros. Las ciudades que contabilizan las mayores cifras de crecimiento son: San Pablo, Río de Janeiro y Río Grande al comenzar el siglo XX; pero hacia fines de la primera guerra mundial, San Pablo ejercerá el predominio con un 40 por 100 del total de la producción fabril. Entre 1889 y 1910, ingresaron al estado de San Pablo 1.200.000 inmigrantes: italianos, portugueses, españoles, franceses y alemanes conformaron el grueso de esa cifra. La irradiación de los mismos se cumplió desde el valle del Paraná a los estados del sur, donde podían comprar parcelas; otros fueron absorbidos por las **fazendas**, donde trabajaron duramente; pero muchos se establecieron en las ciudades, cubriendo la demanda de mano de obra. El censo de 1893 demostraba que en San Pablo los extranjeros eran el 54,6 por 100 de la población y un índice aún mayor de la fuerza de trabajo.

En Brasil, las sociedades obreras de resistencia hacen su aparición hacia fines del siglo XIX, con el ingreso del país en el período republicano. Varios periódicos editados por anarquistas italianos y españoles circulaban entre los trabajadores, aunque su existencia no era muy duradera. Debido a la fuerte represión policial, las organizaciones tenían carácter mutualista y cooperativista, como la Unión Obrera, en Río Grande do Sul. Pese a todo, a comienzos del siglo actual, marxismo y anarquismo multiplican su actividad, al tiempo que se organizan los gremios. La Unión de Trabajadores Gráficos, fundada en 1904, cuenta con uno de los dirigentes anarquistas más activos: Edgar Leuenroth, que

fundará el periódico «**Terra Livre**».

Una serie de congresos van marcando la organización obrera, hasta la fundación de la Confederación Obrera Brasileña (COB), en 1906, que adopta el sistema federativo y la autonomía obrera frente a los partidos políticos, y cuyas formas de acción son las preconizadas por el anarquismo. Sin embargo, el crecimiento del anarcosindicalismo se verá frenado por la legislación represiva, votada en 1907, y que intentaba controlar sobre todo a los militantes extranjeros. A la vez el gobierno de Hermes de Fonseca ensayó encauzar las manifestaciones obreras dentro del control estatal, lo que dará surgimiento al «peleguismo», que, sin embargo de crear una importante división en el movimiento sindical brasileño, encuentra decidida resistencia entre anarquistas y socialistas. En 1917, en San Pablo y Río de Janeiro estallan huelgas generales que protagonizan grandes movilizaciones de masas. Iniciado en San Pablo por los trabajadores textiles, el movimiento se amplifica, y llega a crear un clima de subversión generalizada, al adherirse otros sectores de la población. La ola de huelgas iniciada en



Edgard Leuenroth, una de las máximas figuras del anarquismo brasileño, en una fotografía al ser apresado luego de la huelga general de 1917.

1917 se prolongó hasta 1920, con frecuentes choques con la policía, creación de Ligas Obreras por los anarquistas, y Comités de Defensa Proletaria. Varios anarquistas de señalada militancia son expulsados del país, entre ellos Gigi Damiani, y el estado pone en funcionamiento la «ley de Defensa Social» dirigida contra los activistas. La ola de agitaciones obreras toca sus límites; pero deja fuertes sedimentos para el período del «tenientismo» que encabezará Prestes en 1922.

MEXICO: CAMPELINADO E INDUSTRIA

En México, la lucha contra el imperialismo francés a partir de la intervención de Maximiliano en 1861, es un elemento que retrasa la formación de organizaciones obreras, que, no obstante, aparecerán a partir de los años setenta. Como ya se ha señalado, surge en territorio mexicano un proletariado minero muy activo y un sector urbano que se irá dinamizando a medida que el país ingresa en la modernidad. En líneas generales, el movimiento obrero mexicano tuvo influencias del anarquismo y de las ideas de la Comuna de París. Las simpatías por la Internacional de Trabajadores, y la existencia de una prensa obrera no señalan, sin embargo, la adhesión a la A.I.T. Existían, por otra parte, factores que limitaban la expansión del anarquismo, fundamentalmente en el medio rural, donde el catolicismo impregnaba las formas de vida. Pese a ello, las luchas sociales del campesinado tuvieron una línea de continuidad, desde la época de Hidalgo hasta el estallido de la revolución mexicana, en 1910. En 1879 se fundó el partido socialista, que tuvo menor influencia entre los obreros que la línea liberta-



Fragmento de la pintura mural de Siqueiros con el tema «La huelga de Cananea», en México.

ría, pero organizó algunos centros y sus militantes corrieron, durante el porfiriato, idéntica suerte que los anarquistas.

Hacia 1872 se organizó el Gran Círculo de Obreros, donde se enfrentarían las tradicionales posiciones liberales con las del anarquismo, el marxismo, y aun el socialismo utópico. Sin embargo, Porfirio Díaz, que en principio había tolerado el organismo proletario, terminó por perseguirlo y someterlo a la influencia del gobierno, al tiempo que prohibía la propaganda de las ideas progresistas. No obstante, se crean las sociedades de resistencia y los ferroviarios, alentados por el contacto con sus compañeros norteamericanos, protagonizan, al mismo tiempo que los mineros del norte del país, las primeras huelgas. Pronto los textiles se unirán al movimiento sindical. Pese a la dureza del régimen, anarquistas y socialistas hacen su reaparición a fines del siglo XIX, mientras que el sector intelectual encabezado por los hermanos Flores Magón, inquieto por los problemas sociales, intercambia críticas políticas a la dictadura de Díaz con ideas que les condujeron al destie-

rrero. Hacia comienzos del siglo actual, alrededor del periódico «**Regeneración**», se reunían Enrique y Ricardo Flores Magón, Praxedis Guerrero, Librado Ribero y otros. Luego del destierro, Ricardo se convierte en decidido propagador de la ideología anarquista, producto, sin duda, de sus contactos con la I.W.W. norteamericana. En 1906, el Plan de San Luis encerraba, junto a las ideas liberales, planteos insurreccionales y reivindicaciones obreras; en 1908 los hermanos Flores Magón inician un levantamiento que es sofocado rápidamente; pero estaba ya muy cerca el estallido revolucionario de 1910.

En 1906, la huelga de la Cananea Consolidated Cooper, empresa minera del cobre, arrastra a los trabajadores de su filial, la empresa maderera Cooper. Un violento choque entre los obreros y agentes norteamericanos de la compañía hizo que el gobernador del estado pidiera la intervención de las tropas fronterizas de los Estados Unidos, quienes atacan a los amotinados. En Río Blanco, estado de Veracruz, el Gran Círculo de Obreros Libres editaba el periódico «**Revolución Social**», inspirado en

el anarquismo, y pronto se organizan nuevos círculos en Puebla, Querétaro, Jalisco, etc. Cuando el gobierno intenta disolver el Círculo de Obreros, los trabajadores responden con la huelga, que derivará en choques armados y matanza de obreros.

Durante el período revolucionario existe una primera época de relativa facilidad para la expresión sindical: en el norte se funda la Unión Minera Mexicana y, finalmente, la Casa del Obrero Mundial. Pero los períodos de Huerta y Carranza se caracterizaron por la persecución de los dirigentes sindicales, lo que hace que en 1916 se declare la primera huelga general. Cuando en el año 1918 se crea la Confederación Regional Obrera Mexicana, se inicia una nueva etapa en el movimiento obrero del país, que ha superado ya los viejos tiempos del porfiriato. ■ N. M. D.

BIBLIOGRAFIA

- Alba, Víctor, **Historia del movimiento obrero en América Latina**, México, 1964.
- Gómez, Alfredo, **Anarquismo y anarcosindicalismo en América Latina**, Madrid, Ruedo Ibérico, 1980.
- Maram, Sheldon Leslie, **Anarquistas, inmigrantes e o movimento operário brasileiro, 1890-1920**, São Paulo, Paz e Terra, 1979.
- Pintos, Francisco R., **Historia del movimiento obrero del Uruguay**, Montevideo, 1960.
- Poblete Troncoso, Moisés, **El movimiento de asociación profesional obrera en Chile**, México, El Colegio de México, 1945.
- Rama, Carlos M., **Historia del movimiento obrero y social latinoamericano contemporáneo**, Barcelona, LAIA, 1976.
- Santillán, Diego Abad, **El movimiento anarquista en la Argentina**, Buenos Aires, Argonauta, 1930.
- Solomonoff, Jorge N., **Ideologías del movimiento obrero y conflicto social**, Buenos Aires, Proyección, 1971.